

# CLAUSEWITZ

Y LA GUERRA

NO CONVENCIONAL

Por

Raymond ARON

**K**arl von Clausewitz es reconocido, con justicia, como el más célebre de los escritores militares, el único cuyo nombre junto a dos o tres de su género, ningún hombre cultivado tiene el derecho de ignorar. Gloria póstuma, que parece reparar las injusticias que sufrió el oficial prusiano, culpable a los ojos de su rey, de haberse puesto al servicio del zar para combatir a Napoleón en 1812. Gloria cargada, de hecho, con todos los malentendidos que el propio Clausewitz había presentado, en la advertencia escrita en el momento de cerrar para siempre el manuscrito inconcluso que dejaba a su mujer, nacida María von Brühl, confiándole la tarea de publicarlo.

¿Cuántos han leído "De la Guerra" entre aquellos que la citan? Incluso en el idioma alemán, la literatura al respecto me ha parecido relativamente pobre. ¿Qué comentaristas se dan el trabajo de seguir el argumento más sistemático, más filosófico, de los tratados consagrados alguna vez a la estrategia? B.H. Liddell Hart ha escrito que Clausewitz usaba un lenguaje filosófico sin poseer un verdadero espíritu filosófico. Marx y Lenin lo han conceptuado de otra manera. El 7 de enero de 1885, Engels, que acababa

de leer a Clausewitz, escribía a su amigo: "qué manera tan notable de filosofar, pero substancialmente muy buena", a lo cual Marx respondió algunos días más tarde: "el atrevido tiene sentido común, un buen sentido, que linda en lo genial". En cuanto a Lenin, estudió la obra maestra capítulo por capítulo y reprodujo largos extractos de ella en un cuaderno, según su método acostumbrado, con anotaciones marginales. Este cuaderno da testimonio de una rara perspicacia: él asegura a Clausewitz, en la Unión Soviética, un lugar en el Panteón, entre los pensadores burgueses cuya herencia el marxismo-leninismo recoge y enriquece.

La carrera de Clausewitz, como la de Maquiavelo, se divide también en dos períodos, la acción y la meditación sobre los acontecimientos vividos. En 1792 toma parte en la campaña del ejército prusiano contra Francia en medio de los soldados, como abanderado, de doce años, cuyo cuerpo infantil desaparecía entre los pliegues de la bandera. En 1815, en la última batalla librada por el "dios de la guerra" —así llamaban a Napoleón admiradores y enemigos— aconseja la retirada al general von Thielmann, al mando del cuerpo prusiano dejado por Blücher frente a Grouchy, antes de conocer la derrota del ejército francés frente a Waterloo. Ese día perdió la última oportunidad de gloria a la cual él aspiraba con toda su alma. Durante diez años, desde 1820 a 1830, dirige en Berlín la Academia Militar, pero, suprema ironía, sólo ejerce un mando administrativo, sin influencia sobre la enseñanza, desconocido de los alumnos que injustamente sospechan que se embriaga, porque su nariz enrojecida conserva el vestigio de su campaña en Rusia.

De la experiencia histórica, del fracaso personal, salió el pensador; aunque no haya publicado nada durante su vida, por lo menos bajo su nombre, Clausewitz no ponía menos pasión en sus escritos que la que dedicó al combate o a la reforma del ejército prusiano después de Jena y de su retorno de la cautividad. Escribió en varias etapas: lo que él quería era una teoría de la guerra, tan instructiva para las generaciones futuras como para las contemporáneas. El "Ktema eis aei" de Tucídides, el monumento edificado para siempre, también ha sido su

sueño. De esta ambición se desprende la actitud común en el historiador griego y el estratega prusiano: el desapego, la eliminación de toda emoción aparente, el esfuerzo hacia la total objetividad. El, que durante los años de acción odiaba al conquistador, y más aún, a aquellos de sus compatriotas que perdían las esperanzas en su patria, él, que en la profesión de fe de 1809, desarrolló con una elocuencia patética los argumentos de la razón y las razones del corazón para reiniciar la lucha, hoy, mañana, aquí, en todas partes, el resistente por excelencia, considera las guerras de revolución y del imperio, el derrumbamiento de Prusia, los triunfos, luego la catástrofe final del emperador, como si se tratara de una historia ya lejana, de un destino que los hombres habrían sufrido sin comprender y cuya lógica oculta correspondería a los teóricos dar a conocer para enseñanza de los que asumirían en el futuro la responsabilidad de los estados.

Clausewitz, que no se sacó el uniforme desde los 12 años hasta su muerte, en 1831, había adquirido por sí solo una cultura corroborada por la diversidad de sus estudios y de sus trabajos. Prisionero en Soissons, estudia matemáticas. Entre sus manuscritos figura un tratado de estética, influido al parecer, por la "Crítica del juicio". Sin embargo, parece que ni sus lecturas, ni las enseñanzas de un divulgador kantiano, Kiesseweter, hayan determinado la orientación de su pensamiento. Es la propia realidad de su tiempo que poco a poco lo obligó a elevarse no solamente de la táctica a la estrategia sino de la estrategia a la política y, al mismo tiempo, a la filosofía de la historia. Entre las maniobras del siglo XVIII y las batallas de masas de la época revolucionaria, a pesar de todo subsisten rasgos comunes. Se trata de la guerra tanto en uno como en el otro caso. ¿Qué concepto abarca al mismo tiempo las guerras donde, según palabras del mariscal de Saxe, sólo un jefe torpe libra batalla y las guerras tales como las que dirigía Napoleón, siempre en busca del encuentro que decidiera de un golpe el resultado de la campaña? ¿Qué sistema conceptual permite reflexionar simultáneamente en la unidad y las variedades del fenómeno de la guerra? ¿Cómo captar el concepto sin perder el contacto con las singularidades de coyunturas

que no se repiten jamás? ¿Por qué las guerras toman a veces las formas sutiles del juego de esgrima para desencadenarse enseguida con la violencia de las tempestades y la crueldad de los instintos primitivos?

A estas interrogantes filosóficas (relación del concepto y de lo concreto) e históricas (relación de las sociedades, de sus ejércitos y sus guerras), el "Tratado" se esfuerza por dar respuesta y, al mismo tiempo, crea la primacía de la política sobre la estrategia, del jefe de estado sobre el comandante en jefe de las fuerzas armadas, del fin político sobre el objetivo militar. El período abierto por la Revolución Francesa contenía en germen todas las modalidades de los conflictos políticos, todas las formas de hostilidad cuyo lujo mortal Europa se permite en el curso del siglo siguiente. Nada tiene de asombroso que la teoría de Clausewitz permita pensar, si no resolver, los problemas planteados a los jefes de estado y a los jefes militares, por lo menos hasta Hiroshima y Nagasaki y tal vez más adelante.

La mayoría de los lectores de la teoría de Clausewitz recuerdan sobre todo la interpretación de la estrategia napoleónica. A comienzos del siglo, los escritores militares de ambos lados del Rin, disputaban acerbamente por esta interpretación. ¿Los prusianos habían comprendido o no lo esencial? En cambio, ni a uno u otro lado del Rin querían acordarse del capítulo 26 del libro VI, "El armamento del pueblo" (Jaurés es una excepción en este aspecto). Ahora bien, este capítulo, bosquejo de una teoría de guerra de guerrilleros, integrado en una teoría general de estrategia, representa un elemento importante, no marginal, del pensamiento de Clausewitz.

Recordemos, en primer lugar, que según él, es la participación del pueblo en los asuntos de estado lo que constituye la causa decisiva del carácter implacable, exagerado, de las guerras revolucionarias, a diferencia de las guerras diplomáticas, dirigidas por los gabinetes europeos en medio de la indiferencia popular. La revolución ha convertido a todos los hombres capacitados en soldados antes de convertirlos en ciudadanos activos. Incluso la conscripción en masa no da por

resultado todavía la movilización total. Es preciso que todos, hombres, mujeres y niños, tomen las armas para que la guerra se convierta en la de toda una nación.

Clausewitz, que ha meditado tanto en la derrota final de Napoleón como en el esplendor de sus victorias improductivas, debía por lo tanto dirigir sus miradas hacia la Vandée, España, Rusia. Entre sus manuscritos figura un compendio de la guerra de España, reeditado en francés, un relato de la guerra de la Vandée. Como participante, prepara con Scharnhorst el refuerzo de la Landwehr, la organización del Landsturm. El esperaba que los alemanes se levantaran, unánimes y resueltos, contra los franceses, los campesinos con sus guadañas, los obreros con sus picotas, con los instrumentos de trabajo, a falta de los instrumentos de combate. La pasividad de los alemanes lo decepcionó profundamente. En su calidad de pensador, él midió justamente la contribución de la guerrilla española en la derrota del emperador y bosquejó en algunas páginas las reglas de empleo de los guerrilleros.

"La guerra popular, como algo vaporoso y fluido, no debe concentrarse en ninguna parte en un cuerpo sólido; en caso contrario el enemigo envía una fuerza adecuada contra ese núcleo y lo rompe". Imagen del aire y no del agua, como la de Mao Tse Tung, la idea sigue siendo la misma, la fluidez de los guerrilleros, dispersos e insalvables. La ventaja de que gozan los guerrilleros sobre el ejército regular, no puede expresarse mejor que mediante las siguientes frases: "Si se trata de destruir las rutas y de bloquear estrechos desfiladeros, los medios que los patrulleros o columnas volantes del ejército pueden emplear allí en relación con los que proporciona un cuerpo de campesinos insurgentes son lo que los movimientos de un autómatas en relación a los de un ser humano. Dado que los primeros esfuerzos de los levantamientos populares serán débiles todavía, los destacamentos enviados por el enemigo serán poco numerosos en proporción, pues temerá dividir demasiado sus fuerzas: y es en contacto con esos pequeños destacamentos que el incendio de la guerra se extenderá cada vez más". De igual manera, Clausewitz ha formulado rigurosa-

mente el doble principio —defensa estratégica; ofensiva táctica— que Mao Tse Tung empleó para la primera fase de la guerra popular. "Con este gran medio de defensa estratégica, jamás o muy raramente es necesario buscar la defensa táctica. La tropa popular, el Landsturm, debe dispersarse y proseguir la defensa por medio de ataques inesperados en lugar de concentrarse y correr el riesgo de verse encerrado en un refugio estrecho sobre una posición defensiva exacta". Las reglas que formula Clausewitz sobre las relaciones entre guerrilleros y soldados de oficio también conservan un valor actual: Durante la última guerra, los rusos organizaron la acción de los guerrilleros, encuadrados por destacamentos del ejército regular enviados detrás de las líneas alemanas.

¿Por qué Clausewitz, organizador y teórico de la guerra popular, ha sido olvidado por tan largo tiempo? El estado mayor prusiano y más aún el rey, desconfiaban de esta práctica ajena a la tradición del rey-sargento y de Federico II. ¿Contra quién utilizaría el pueblo finalmente sus armas? Desde 1815, Clausewitz seguía con amargura el retorno al poder del partido conservador, el cual, muy lejos de pensar en el levantamiento en masa, despreciaba la Landwehr, las tropas de reserva. Pero ese hijo espiritual de Scharnhorst se sentía orgulloso por la participación que había tenido en la organización de estas reservas, las cuales habían desplegado el mismo coraje y valor que el ejército activo en 1813, 1814 y 1815. ¿A qué hay que temer más, escribía con indignación; a la invasión extranjera o a la revolución? Un gobierno, seguro del apoyo popular, nada tiene que temer del armamento de sus súbditos. Clausewitz, atento lector de Maquiavelo, no concibe una defensa confiada solamente a los profesionales, como si la nación pudiera asistir pasiva a los combates que deciden su destino. "Ningún estado debe admitir que su propia existencia dependa de una sola batalla por decisiva que ella pueda ser. . . Siempre hay tiempo para morir, e igual que por un impulso natural el hombre que se ahoga se aferra a una brizna de paja, está en el orden natural del mundo moral que un pueblo utilice hasta el último medio de salvación cuando es empujado al borde del abismo".

No lo olvidemos, Clausewitz no presenta el armamento del pueblo más que como medio de defensa. Además, durante dos años fue profesor del curso sobre la "pequeña guerra" en la Academia Militar de Berlín y, técnicamente, la guerra popular, en su sistema, no constituye más que una modalidad de la pequeña guerra, la que libran destacamentos compuestos a lo más de 200 a 300 hombres. Para que la guerra popular por sí sola pueda obligar a un invasor a evacuar el país, escribe él, es preciso suponer espacios tan amplios como los de Rusia y una extrema desproporción entre la fuerza del ejército conquistador y las dimensiones del terreno.

He dicho guerra popular y no guerra revolucionaria. Clausewitz no sale explícitamente del cuadro de la política europea. La pequeña guerra con el concurso del pueblo, figura entre los medios de defensa, contribuye a la superioridad de la defensiva sobre la ofensiva, devuelve su oportunidad y su futuro al país que ha perdido la primera batalla, fija límites a la estrategia napoleónica de aniquilamiento, exige que entre los combatientes y la nación una confianza recíproca anime una voluntad común; de aquí surgen las reformas de Stein, Scharnhorst, Gneisenau, Boyen, después de Jena, como por ejemplo, la supresión de los castigos corporales, a fin de crear un ejército que, a diferencia de aquel del gran Federico, estuviera compuesto si no de soldados ciudadanos, por lo menos de soldados conscientes de su fidelidad al rey y a la patria. Clausewitz se mantuvo demasiado conservador hasta el fin de su vida por temer o esperar el potencial revolucionario del armamento del pueblo.

El propio Lenin no descubrió de ninguna manera el secreto de la guerra revolucionaria en el "Tratado" que cita tan a menudo en el curso de los años cruciales 1917-1921. El interpreta la enseñanza de Clausewitz con miras al fin al cual había dedicado su existencia. Esta enseñanza admitía una doble relación entre ejército y política: el ejército es un medio al servicio de la política y ésta determina la organización, la forma de combate de los ejércitos. Lenin saca de esto la conclusión que del régimen interior de los estados depende la naturaleza de las guerras, justas o injustas, imperia-

listas o no imperialistas; une en una sola doctrina la teoría de la guerra y la de la revolución; civil o extranjera, la guerra sigue siendo un medio que la estrategia debe dominar con miras a la revolución mundial o a la salvación nacional. Stalin, no Roosevelt, condujo la guerra de 1939-1945 conforme a las lecciones del oficial prusiano.

Es Mao Tse Tung quien, reencontrando o reemprendiendo las lecciones de la guerra de España, elabora la doctrina de la guerrilla y del conflicto prolongado. La guerra popular se convierte en guerra revolucionaria, medio de ataque tanto como de defensa. Una vez más, la lógica del ascenso a los extremos lleva consigo las barreras de la costumbre y de la moral.

Los profesionales que en esa época se oponían al desencadenamiento de la violencia, que querían mantener la distinción entre civiles y militares ¿no daban muestras acaso de más sabiduría? B.H. Liddell Hart ha defendido esta tesis. Clausewitz mismo se ha preguntado, sin darse una respuesta: es a los filósofos a quienes corresponde juzgar si esta forma de guerra o la guerra misma es o no saludable para la humanidad. El, como hombre de acción, no vacilaba: por la salud de la patria movilizaba a todos los patriotas. Resistiendo, en el sentido que esta palabra ha tomado en el siglo XX, no vacila en incorporarse al campo contra el cual su rey se ha sentido obligado a enviar un cuerpo prusiano, integrado al Gran Ejército. El más brillante de sus camaradas de promoción en la Academia Militar de Berlín, cayó vistiendo el uniforme ruso, muerto por una bala prusiana.

Clausewitz justifica el armamento del pueblo en aras de la eficacia; cuando evocamos un pasado que tiene un cuarto de siglo, tal vez el argumento moral nos convence tanto como el argumento pragmático. Vestido o no de soldado, el hombre defiende su alma cuando el invasor le arrebató su país y su libertad.

Permítanme más bien concluir con dos juicios que revelan al hombre más allá del patriota ardiente de pasión, más allá del teórico voluntariamente frío. Una nota encontrada en los papeles de Clausewitz, juzga los métodos recomendados por el terrible Barrere en el Comité de Salud Pública para terminar con la contra-revolución de la Vendée: "Métodos poderosos, pero tan crueles, tan desprovistos de sensibilidad, tan contrarios a la dignidad de los hombres y a la humanidad como para que saquen de la desesperación fuerzas nuevas de odio y combate y obliguen a los republicanos a volver a la moderación"... "La crueldad librada a sí misma hace renacer la guerra a muerte". El segundo juicio, lo copio de las cartas fechadas en París en 1815.

Clausewitz había detestado a los franceses durante todos los años del abatimiento de Prusia. Cuando volvió a Francia como vencedor y no como prisionero, juzgó sin indulgencia la conducta de sus compatriotas; se opuso a Blücher que quería hacer volar el puente de Jena, se querelló con Gneisenau que deseaba la ejecución de Napoleón; no encontró ningún gozo en el espectáculo de un pueblo pisoteado por el ocupante. Tal vez él comprendió en ese momento la verdad, muchas veces desconocida, de que la autoridad pertenece al jefe del estado y no a los generales.

A comienzos de este siglo, un comentarista francés, Camon, escribía que Clausewitz era el más alemán de los alemanes y que la obra sumía inmediatamente al lector en una niebla metafísica. A lo que otro comentarista del otro lado del Rin respondió aproximadamente: ¡Tanto mejor! Los franceses no comprenderán jamás a Clausewitz ni el secreto de nuestra fuerza. Los franceses en este siglo, con toda seguridad han quitado a los alemanes el monopolio de la niebla metafísica y de victoria en derrota y de derrota en victoria, tal vez los dos pueblos han descubierto juntos otro secreto, más precioso, el de la paz.

De "Defense Nationale", enero de 1973.